

CAPÍTULO OCTAVO

“PAZ, REPOSO, PERDÓN Y OLVIDO”. EL PROGRAMA DE LA RESTAURACIÓN

Tal es el programa de Luis XVIII para intentar la reconciliación nacional y el alivio de los padecimientos colectivos que el rey buscará sanar erigiéndose en diligente facultativo, presto a toda hora en acudir a “curar” políticamente a sus hijos bien amados. Echará mano para ello de Talleyrand en las relaciones exteriores y de Montesquieu para los asuntos internos. Los ministros del Reinstaurado deberán actuar bajo la consigna: “*lier tous les souvenirs a toutes les esperances*”, pues lo urgente y primordial era evitar la guerra civil en un país invadido y exangüe, agotado por los sostenidos esfuerzos y sacrificios de la guerra y abatido por el amargo sabor de la derrota. Era indispensable una silenciosa aquiescencia ante hechos, consumados e irreversibles, y una delicada consideración ante las nuevas posiciones personales en lo económico y social, evitando otros sobresaltos y todo lo que sirviera de pretexto para conjuraciones y renovadas discordias: el Estado napoleónico habría de continuar, casi intacto. Los regicidas tenían que ser expulsados, sin contemplaciones ni excusas, que nadie se hubiera atrevido entonces a interponer. La ilusión, una brisa de libertad, refrescó en algo el árido paisaje político francés de los primeros días de la Restauración.

La élite napoleónica conservó privilegios y dignidades, salvando lo esencial de sus intereses materiales, garantizados por “La Charte”, cuya promulgación posibilitó restaurar la confianza de los capitalistas en la potencialidad del crédito de un Estado en bancarrota. La vieja aristocracia, aliada natural de los Borbones, hizo suyo el programa y método de Luis XVIII a fin de hacerse, a su vez, de los beneficios que éstos auguraban.

“Treinta mil nobles, que nada saben hacer, afluyen en las diligencias que llegan a París para reclamarlo todo”, decía Stendhal de aquel unani-

mismo en torno a la real persona,¹⁴⁴ la de los ávidos de cargos, pensiones y Grandes Cordones. Pero, a grandes esperanzas, mayúsculas decepciones: no habría para todos y pronto el rencor ganó el ánimo de los solicitantes infructuosos, que tomaron distancia del nuevo régimen, ya enmohecido en cuestión de meses y de un rey ingrato, remoto, inalcanzable. Los escépticos parisinos no tardaron en motejarlos como “Les Seigneurs de Argentcourt”, pero muchos temían en estos empobrecidos el espíritu levantisco y frondista, tan peligroso como el revolucionario, que continuaba efervesciendo bajo la superficie del régimen recién restablecido.

Los más ardientes legitimistas pronto cayeron en la cuenta que lo irreversible era la Revolución política y jurídica, no así sus pretendidos derechos históricos, de desigualdad social, universalmente indeseable, excepto para ellos, que ideaban reivindicar sus privilegios, obstinada y torpemente, tanto que acabaron por agotar la paciencia regia que terminó por enviarlos a paseo. Lafayette fue declinando en el horizonte político, a pesar de su abjuración revolucionaria ante una nueva fe, *el legitimismo* que, no obstante sus impecables blasones, no acababa por convertir a la gran mayoría, entre la que se contaba el Ejército, nostálgico de las glorias guerreras de antaño y que no había descartado un retorno triunfal desde Elba. Mientras, la blanda corpulencia del Recién Sentado se dedicaba a rodear a su Corte de esplendores, tan anacrónicos como dispendiosos, con la reprobación popular consiguiente,¹⁴⁵ que también mucho desconfiaba de Blacas (el de insólita palidez) favorito del rey, encargado de operar el “divide y vencerás”, del que Talleyrand sería la primera víctima pues ya resultaba intolerable a los ojos del monarca, quien nunca ocultó su natural desconfianza en el regicida.

Los ministros constituyeron un grupo sin espíritu de cuerpo, entorpeciendo así la acción de aquel gobierno “patriarcal”, extraviado entre las chispeantes conversaciones del rey y las ocurrencias de todo género de su “entourage”. Algo parecido siempre acompaña a los que del poder político hacen un placer personal y ostentoso (como se ha visto últimamente aquí, con profusión de gusto pésimo).

¹⁴⁴ Citado por Waresquiel, Emmanuel, *Histoire de la Restauration 1814-1830*, París, 2002, p. 73.

¹⁴⁵ Como ya había quedado advertido aquí, *supra*, seguimos para el resumen histórico la obra monumental de Waresquiel, *Histoire de la Restauration...*, *cit.*

Ya lo había señalado Montlosier: “el gobierno no podía adherirse a la Revolución sin rebajarse ni desprenderse de ella sin perderse”, y este hamletismo político perdió a la Restauración, como era previsible desde su inicio. En realidad, el periodo consta de dos grandes tramos: el de Luis XVIII y el de Carlos X, con quien los Borbones se esfumaron del escenario francés para siempre. Ambos produjeron textos constitucionales y es útil asomarse a ellos, habiendo hecho lo propio con la Charte *ut supra*.

Los numerosos problemas a resolver, del Ejército, del bajo clero (dividido entre galianistas y ultramontanos) y la cuestión de los bienes nacionales, llenan la agenda restauradora de los días inaugurales. Una primera y gran torpeza política fue tratar a los seis regimientos de la Guardia Imperial como soldados de línea, reacios que fueron en formar la Guardia Real. Su indiferente actitud y la helada recepción que dieron al rey correspondía bien con el despectivo trato que recibieron del soberano. Ellos serían los artífices del advenimiento postrero desde el islote de Elba por lo cual Luis XVIII saldría huyendo horrorizado de París, deshonra que acaso fue la demorada venganza final de aquellos viejos granaderos, que pronto le verían regresar, gotoso y torpe, después de los cien últimos días de gloria imperial.

Una novedosa doctrina, que formaba importante corriente de opinión, la de los “*intereses nacidos de la Revolución*”, se invocaba ante la abstrusa confusión jurídica sobre los bienes de segundo orden, cuya indefinición jurídica (o bien su imprecisión material) seguía siendo frente de conflictos puesto que afectaba a nueve millones de franceses, un tercio de la población total de aquel entonces. No se trataba únicamente de litigios; el desgarramiento del tejido social y la difícil convivencia de los expoliados con los adquirentes, en ocasiones estalló en trágicos disturbios sociales, que alarmaban a los restantes propietarios, en medio de la decepción y la incertidumbre generalizadas. La salida del conflicto se halló con la restitución de los bienes nacionales propiedad del Estado a sus antiguos propietarios “*emigrés*”. La legislación correspondiente fue calificada como acertada “*geometría política*”, pero la fractura social de Francia fue inevitable y el país se partió en dos y de arriba abajo. Nadie, cualquiera que fuese la clase a la que perteneciera, dejó de reacomodarse, para bien o para mal, entre rabietas y rencores venenosísimos, o bien, con la petulancia del recién llegado, que no admite postergación de ningún orden de sus intereses, al subrayar la legalidad de sus flamantes títulos

y merecimientos. La discordia ensombreció aún más el horizonte de la Restauración, que no acertaba a encontrar las claves políticas de la cohesión social, perdida ha tanto tiempo ni a remontar las “incompatibilidades”, tan odiosas a Madame de Staël y tan “insuperables”. Así las cosas como los ánimos, la encrucijada inicial permaneció abierta y desconcertante y la nueva administración, vacilante y medrosa, una vieja recién nacida, pronto vio abrirse el vacío bajo sus plantas.

Había en la opinión pública el debate de las tesis bonaldistas¹⁴⁶ difundidas por los *ultras* del *Journal Royal*, frente a panfletos antimonárquicos que podían escapar a la censura que padecían los periódicos. La *Memoire au roi* de Lazare Carnot, antiguo miembro de la Convención revolucionaria y defensor de Amberes en los últimos días del Imperio, fue la severa requisitoria del jacobinismo francés, un “ataque directo y violento” contra los reinstaurados Borbones,¹⁴⁷ enumerando al dedillo errores y faltas históricas de la dinastía, sobre todo la reluctancia de Luis XVIII a recibir la corona de mano de sus compatriotas y su incapacidad de aglutinar en torno a él al deprimido “espíritu nacional”, lo que aprovecharía el escritor para reavivar la repulsión antinobiliaria, que los emigrados con sus pretensiones inaceptables contribuían a empeorar.

Carnot hacía responsable a la aristocracia del estallido revolucionario y a su intransigencia de todos los males que agobiaban a Francia, fracturando con sus viejos agravios la unidad de la nación. Habiendo convertido a veinticinco millones de ciudadanos en veinticinco millones de revoltosos. Se vendieron 60,000 ejemplares del opúsculo, lo que da idea de la extensión y profundidad del malestar y de la sensación de fracaso e incertidumbre entre soldados, burgueses y nuevos propietarios que presto trajo consigo el régimen monárquico restablecido.

Chateaubriand se sintió llamado a enfrentar a Carnot postulando, a su vez, que La Charte constituía *una especie de tratado de paz* entre los dos partidos que se disputaban el control político de *la Francia moderna*, cuyo advenimiento era un hecho irreversible y que los elementos de la antigua monarquía ya habían sido finalmente dispersados por el paso del tiempo y las desventuras colectivas. Para el escritor, la nobleza no podía separarse de la nación toda vez que la Cámara de los Pares preservaba sus derechos políticos y la de los diputados la aproximaba a las restan-

¹⁴⁶ Véase *supra*.

¹⁴⁷ Waresquiel, *op. cit.*, p. 95.

tes clases patrias. Así que no había ningún provecho añorando el pasado y luchando contra “el torrente del siglo”. La Revolución ya no estaba a debate y la disputa estribaba entonces sólo en la *repartición de los intereses surgidos de ella* entre los actores económicos, quienes requerían de agentes políticos eficaces, a efecto de alcanzar, bajo protección legal lo que más se aproximase a sus expectativas.

En el Ejército las cosas se embrollaban, a veces sin necesidad. Relajada la disciplina, la insubordinación asomaba entre el grueso de la milicia que contemplaba, como si nada más eso le faltara, su recomposición y reforma. Como resultado de ellas, Soult y Dupont se aliaron en una agria batalla por su control. Soult acabaría por ser odioso a todos: vano, grosero, torpe y lambiscón, fue el líder de los mariscales franceses ligados con el nuevo estado de cosas. El “affaire” Exelman desató todos los inconvenientes y destapó todas las alarmas, pues se trataba, ni más ni menos, que del ayudante de campo de una testa coronada, de un cuñado de Napoleón, del emplumadísimo Murat, rey de Nápoles (la mayor ciudad de la cristiandad) para el que había emprendido bélicas acciones, indebidas al estar ya todo perdido. Además, estaba el asunto de Saxe, territorio reivindicado por Prusia, ligado familiarmente a la reina francesa, la esposa de Luis XVIII. Soult decidió agrupar sesenta mil hombres alrededor de Grenoble, a fin de garantizar el principio de legitimidad en esa porción del territorio, junto con Inglaterra y Austria. La insensata convocatoria y los prolegómenos del combate lo único que consiguieron fue una masiva deserción, lo que desmoralizó aún más a la tropa y la oficialidad. El hecho fue resultado de uno de los numerosos errores de cálculo de esa primera Restauración, que tampoco alcanzó a entrever siquiera el complot antidinástico animado por Maret, un fanático bonapartista, comprometiendo a las guarniciones de Lille, Cambrai y Laon a marchar sobre París, detener a los Borbones y proclamar a Napoleón, contando con la complicidad de Fouché, quien había entrado en contacto con Marie-Louise para preparar la Regencia. Como se sabe, nada de eso consiguieron los conjurados, pero el hecho es revelador de la fractura social irrestaurada por la Restauración. Waresquiel sostiene que al ser descartada la amenaza, los Borbones se hicieron más vulnerables aún, pues únicamente el “*miedo universal al ogro*” podía cohesionar en torno al Recién Sentado, a los liberales y a los jacobinos.¹⁴⁸

¹⁴⁸ Waresquiel, E., *op. cit.*, p. 100.

Mientras tanto, la vigilancia de la cárcel de Elba era prácticamente nula, aunque el gobernador Bruslart inútilmente amenazará a cada paso con hacer asesinar a Napoleón, quien aún no recibía la asignación de dos millones que le correspondían anualmente en virtud del tratado de Fontainebleu y se aburría mortalmente en su parcela insular, entre verduras y gallinas. Pozzo di Borgo hablaba de deportar al Emperador a las Azores o hasta Santa Helena, lo que Luis XVIII encontraba “excelente” cuando, súbitamente, y echando mano del “Inconstant”, que lo había llevado derrotado, se embarcó el Emperador el 26 de febrero hacia Francia, tocando tierra el 1o. de marzo de 1815 en el Golfo de Juan, cerca de Antibez y a la cabeza de ¡mil hombres! Regresaba a la Francia gloriosa, sumida en una depresión económica, generalizada pero también en un “estado de alma” apesadumbrado y pesimista, sobre todo el de la burguesía en infrigidación política, ya desencantada del régimen restaurador en el que había puesto tantas expectativas. Napoleón cumpliría su vaticinio y “*I’Aigle, avec les couleurs nationales volerà de clocher en clocher jusqu’aux tours de Notre-Dame*”. El paso era consecuente con la naturaleza del héroe: impávido, jugárselo todo a la suerte de un tiro de dados, como bien lo sabía Chateaubriand. Era el nuevo Rubicón, al que fatalmente seguirían “los idus de marzo”, que los ingleses ya tenían preparados para acabar, de una vez por todas, con Napoleón. Al día siguiente de la capitulación de París, el 31 de marzo de 1814, un afiche casi inverosímil tapizaba algunos lugares públicos de la capital abatida: “De Buonaparte, des Bourbons, et de la nécessité de se rallier à nos Princes légitimes pour le bonheur de la France et celui de l’Europe par *François-Aug. De Chateaubriand*, auteur du “Génie du Christianisme”. Cet ouvrage paraîtra demain ou après demain au plus tard chez Mame et chez les marchands des nouveautés”.¹⁴⁹ ¿Dónde más sino en París podría pregonarse la venta de un opúsculo en medio del desastre militar y político que la derrota de La Grand Armée había desencadenado? ¿Dónde sino ahí un librito fue nunca aclamado por un rey que veía en él arma tan poderosa como los ejércitos de cien mil hombres, tal y como gustaba de decir Luis XVIII? ¿En qué otro sitio podría encontrarse ciudadanos derrotados, pero atentos a las razones, sofisticas o no, del gran escritor, que verían la luz “a más tardar pasado

¹⁴⁹ Cfr. Chateaubriand, François, *De Buonaparte, des Bourbons, et de la nécessité de se rallier à nos Princes légitimes pour la bonheur de la France et celui de l’Europe*, París, 2004 (Présentation).

mañana”? París podía capitular, pero no dimitir las luces de la literatura, que ayudarían a alumbrar el camino común. Esa convicción ilustrada salvaba a la ciudad de la derrota moral. Así, inició su vida uno de los folletos más famosos de la historia de la Restauración que, por cierto, comenzaba con un reconocimiento elogioso a la Universidad: “*Enfin en parlant de l’instruction publique j’aurais dû rendre un juste hommage aux membres de l’Université, puisque, au lieu de favoriser les principes du gouvernement ils faisant tout leur efforts pour arrêter le mal*”.¹⁵⁰ Hostigado constantemente por Napoléon, Chateaubriand vio llegar el fin del régimen con natural y explicable, si no regocijo, sí complacencia.

Seré feliz si esta obra hace algún bien, si sirve a desvelar a la odiosa tiranía [de Napoleón]. Por lo demás, los últimos momentos de *Bounaparte*¹⁵¹ justifican sobradamente mi opinión sobre este hombre. Había yo predicho hace largo tiempo que no tendría un fin honorable, pero confieso que ha ido más lejos de lo que yo esperaba. No ha conservado en su humillación sino su carácter de comediante y de imitador en su impostación de indiferente sangre fría... Quiere parecer insensible a todo y puede ser que, en efecto, lo sea.

Ya se ve el tono con el que Chateaubriand defenestrará a *Bounaparte* para mejor enaltecer a los Borbones, que tampoco le merecían, en el fondo, ningún respeto, como no fuera el que, se dice, debe guardarse ante los símbolos nacionales, pero nada más que eso, pues sabía muy bien que los hermanos del Sublime Desgraciado no valían gran cosa y no harían nunca cosas memorables; no podía engañarse respecto de una dinastía de sangre diluida por la molicie y la disipación. Pero todo era preferible a *Bounaparte* y nada mejor que librar a Francia del tirano advenedizo, odioso por tantos motivos, entre los que contaba su grosera conducta con Mme. de Staël, la amiga tan querida del vizconde genial, que siempre fue un perfecto y romántico caballero.

Su afinidad con el grupo doctrinario y con el De Maistre providencialista queda patente desde las primeras líneas:

De ningún modo los hombres han conducido los acontecimientos de los que somos testigos y la mano de la Providencia es visible en todo esto. Dios mis-

¹⁵⁰ Chateaubriand, *op. cit.* (*Préface à la seconde édition*) p. 19.

¹⁵¹ Como si fuera un mote infamante, Chateaubriand escribe el gentilicio al modo genovés.

mo marcha a la cabeza de los ejércitos y tiene su sitial en los consejos de los reyes. ¿Cómo, sin la intervención divina, explica la prodigiosa elevación y la caída, más prodigiosa aun de aquel que apenas ayer tenía el mundo a sus pies?

Sin embargo, al advertir el tono retórico sabe el lector que no tendrá que sufrir la perorata providencialista de las “*veladas petroburguesas*” y que la alusión teodiceica cederá el paso a un tremendo “recuento de hechos” muy concreto y material. Primero vendrá el de las faltas y sólo después el de los crímenes:

Una revolución, preparada por la corrupción de las costumbres y los extravíos del espíritu, estalló entre nosotros. En nombre de la ley se derogó la religión y la moral... Errando entre nuestras locuras y habiendo perdido toda idea clara de lo justo y lo injusto, del bien y el mal recorrimos las diversas formas de las Constituciones republicanas... Pero el objetivo que parecía perseguirse era noble. La libertad no puede de ninguna manera ser acusada de los crímenes que se cometen en su nombre, como la verdadera filosofía no es jamás la madre de las doctrinas envenenadas que propalan los falsos sabios.¹⁵²

Chateaubriand sabe muy bien su negocio legitimista y restaurador, y apunta preciso a su diana: no es la desigualdad el origen de los males sociales, como lo vio Rousseau, sino “la igualdad quimérica”, que tuvo como resultado el caos, en el que “la felicidad pública fue sacrificada al interés personal y la justicia a la vanidad”. Fue necesario entonces establecer un jefe supremo que fuera hijo de la Revolución,

un jefe en quien la ley, corrompida en su fuente, protegiera la corrupción aliándose a ella. Magistrados íntegros, sólidos y valientes, capitanes tan famosos por su probidad como por sus talentos, fueron formados durante nuestras discordias y a ellos no les fue ofrecido nunca un poder que sus principios les impedía aceptar. Se desesperaba de encontrar entre los franceses una frente que osara ceñir la corona de Luis XVIII; se presentó un extranjero y él fue elegido.

La visión retrospectiva idealizada que Chateaubriand se inventa, no es sino una forma simplista de ordenar los hechos, pues el vizconde sabía

¹⁵² Chateaubriand, François, *De Buonaparte, et des Bourbons...*, cit., pp. 16 y 17 (la traducción es del autor de estas líneas).

muy bien que sus héroes, civiles y militares, no tenían los tamaños necesarios para reivindicar el poder supremo. Para eso estaba hecho el vencedor de la Primera Campaña de Italia. No se trató de ni de la Providencia ni del altruismo sino de la fuerza militar, la ambición y genio personal de su líder y la necesidad compartida de consolidar lo obtenido por la Revolución. El *dictum* de Chateaubriand es desolador: “el porvenir dudará si este hombre ha sido más culpable por el mal que ha hecho por el bien que hubiera podido hacer y que no realizó”.

Después, la consabida reprobación al cobarde asesinato del Duque d’Enghien y a la cautividad del Papa. Y su visión apocalíptica de la descomposición del Imperio con la tesis final: “*C’est dans le despotisme qui disparaissent les empires: en abusant de tous les moyens, en tuant les âmes encore plus que les corps, el amene tôt ou tard la dissolution et la conquête*”.¹⁵³ Incertidumbre de la propiedad, asfixia del comercio, anulación de las libertades civiles, cual nuevo Tiberio, todo ello fue, para Chateaubriand, el único legado que *Bounaparte* dejó a la sociedad francesa ávida de paz, de seguridad y libertad y de la feliz prosperidad que no advendría sino mediante la legitimidad borbónica. De ahí su empeño en impulsarla por todos los medios a su alcance, entre los que su potente pluma sería decisivo, aun cuando fuera deficiente a la hora de justificar el fugaz ministerio con el que comprometió a Francia en una guerra miserable y agresiva contra los españoles, haciendo a un lado las duras lecciones que de ellos, en su momento, tuvo que encarar su detestado *Bounaparte* que de la conscripción “hizo la corona de su despótico proceder”¹⁵⁴ y que siguió siendo sin embargo una práctica detestable en la nueva ordenación que Chateaubriand concibió en medio de otros grandes desengaños. Esa privación de las libertades arrastraba, año con año, a 80,000 jóvenes sin contar los secuestrados por las levás.

El frustráneo “bloqueo continental” constituye también un crimen contra Francia, pues al pretender con dicho embargo doblegar a Inglaterra lo que consiguió, a la postre, fue abrirle nuevos mercados, los del eje afroamericano especialmente, en el que los excedentes le produjeron enormes provechos y fortalezas de toda índole, económica la primera de ellas, sobresaliendo “les tresors du Mexique” en ese enriquecimiento.¹⁵⁵

¹⁵³ *Ibidem*, p. 29.

¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 33.

¹⁵⁵ *Ibidem*, p. 41.

Hasta el deslumbrante genio militar no le merece a Chateaubriand sino un altivo desdén: “impaciente, incapaz de aguardar por largo tiempo el resultado de la maniobra, no sabe sino ir adelante y sacrificar todo por cualquier triunfo, obligando, si es preciso, a marchas tan largas como inhumanas, consiguiendo victorias a golpe de hombres”,¹⁵⁶ inclemente y enfebrecido, sin importarle en lo más mínimo que quinientos mil guerreros, vencedores de Europa, la gloria de Francia, erraran vagabundos entre nieves y desiertos, congelándoles más la sangre y el alma el frío corazón del Insensato que los hielos de Rusia, que acabaron por vencer —según Alejandro I—, a 243,610 soldados y a 123,300 caballos.

La invasión aliada, finalmente, fue el peor de los crímenes del Tirano, pues aproximó el horror de los campos de batalla a París y fue la gota que derramó el vaso. Después de aquello, *Bounaparte* sería y merecía ser, un proscrito: había profanado el corazón mismo de la nación francesa, incapaz de salvaguardarlo ante sus enemigos.

Para despedir al Monstruo, Chateaubriand acierta diciendo: “il n’est que le fils de notre puissance, et nous l’avons eu le fils de ses œuvres. Sa grandeur n’est venue que des forces immenses qui nous lui remîmes entre les mains lors de son élévation”.¹⁵⁷ Así, toda su ejecutoria habría sido fatalmente inevitable. ¿Cómo entonces imputarle la responsabilidad de sus guerras y sus políticas si éstas no habían sido designios personales y más bien fueron resultado de los impulsos nacidos en la Revolución? ¿Qué sentido tenía y cuál era el propósito de disfrazarlo de sangriento tirano “alla romana”? ¿No alcanzaba Chateaubriand a percibir la contradicción en que incurría con su dictamen condenatorio? Evidentemente, las persecuciones, ostracismos y humillaciones sufridas le dictaban una justificada aunque ciega reivindicación mediante su apología de la restauración y sus príncipes, que nunca estuvieron a la altura de su genio ni merecieron jamás las deslumbrantes páginas que les dedicó.

Clarividente, a pesar de todo, Chateaubriand remata su filípica: “Ce n’est pas seulement nous, c’est le genre humain qui t’accuse... La voix du monde te déclare le plus grande coupable qui ait jamais paru sur la terre...”.¹⁵⁸ Con adelanto de siglos, una especie de peligrosísimo “delincuente de lesa humanidad” surge de aquellas letras, tan cargadas de pa-

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 47.

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 49.

¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 58.

sión vengadora como de talento polemístico, lo que no empece a leerlas hoy en el contexto más amplio de las luchas políticas de aquel entonces y de calibrarlas mediante objetividades históricas, que Chateaubriand supo acomodar a su gusto, teniendo su propósito final siempre a la vista: cerrarle a *Bounaparte* el paso a la inmortalidad de la gloria militar y a la leyenda de los grandes constructores de los imperios de la Antigüedad para encerrarlo en el dantesco círculo de los tiranos, sanguinarios y rapaces. En admirable contraste, el retrato regio, o mejor, la idealización del retrato del rey Borbón es también elocuente:

le roi, le magistrat, le père: un Français confond ces idées... Mais il sait ce que c'est qu'un monarque descendant de saint Louis et de Henri IV: c'est un chef dont la puissance paternelle est réglée par des institutions, tempérée par les mœurs, adoucie et rendue excellente par le temps, comme un vin généreux né de la terre de la patrie et mûri par le soleil de la France.

Sólo él traerá reposo, bienestar, felicidad y la estabilidad legal para opiniones y fortunas pues es de la estirpe, divina raza, fundada por un rey bravo y prudente y concluida por un mártir. En ella no puede hallarse “un solo tirano a lo largo de sus nueve siglos y entre sus treinta y tres monarcas. El primer Borbón, el *Vert Galant* navarro, pereció por el puñal de un fanático y el último bajo el hacha de un ateo”. (Claro está que Chateaubriand finge no recordar aquello de “París bien vale una misa”, pragmática, pero un tanto sacrílega fórmula de su conversión religiosa de aquel perpetuo enamorado). Luis XVIII, para el autor de las *Memorias de ultratumba*, es un príncipe conocido por sus luces, inaccesible a los prejuicios y extraño a la venganza, moderado, dotado de buen sentido, amigo de las letras, instruido y elocuente, de vasto espíritu esclarecido y de un carácter firme y filosófico. Para Chateaubriand no hay un solo crimen que reprochar a la vieja casa reinante. Únicamente los Borbones convienen a Francia, sumida en innumerables desventuras; solamente ellos serán capaces de cerrar las viejas heridas: “*Tout devendra légitime avec eux, tout est illegitime sans eux*”. En cambio, con *Bounaparte* (todavía en Elba) volverá el desorden y la guerra. Pero, además, Chateaubriand insistirá en un punto crucial: el restablecimiento de la Casa de Borbón no sólo es necesaria a Francia, lo es también a Europa entera, al reposo de los pueblos y a la seguridad de las coronas pues, al fin y al cabo, todos los reyes forman una especie de gran familia; son, por así decirlo, todos hermanos.

Luego entonces, todos están obligados a sostener al de Francia, moralmente y por todos los medios al alcance del conjunto de soberanos, para ponerle fin a las iniquidades napoleónicas que amenazaban con regresar.

La invasión aliada es otra muestra del favor de la Providencia, o, más bien, de su castigo “desprovisto de humillaciones”. Eso sí: los aliados quedaban obligados a efectuar una solemnísimas ceremonia fúnebre en la Plaza de los Sacrificios y restituyendo en su trono legítimo a Luis XVIII, ofrecer al mundo un espectáculo nunca antes visto, que extenderá sobre ellos un halo glorioso e imborrable al paso de los siglos.¹⁵⁹ Ochenta mil soldados de los invasores han dormido en las riberas del Sena sin turbar siquiera el sueño de los parisinos, ejemplo de magnanimidad en la victoria. (Ya se sabe en donde paró muy pronto este torrente de buenos deseos y falsas esperanzas). El panfleto elocuente concluye con una arenga:

Français, amis, compagnons d'infortune, oublions nos querelles, nos haines, nos erreurs, pour sauver la patrie; embrassons-nous sur les ruines de notre cher pays... Faisons donc entendre de toutes parts le cri qui peut nous sauver, le cri que nos pères faisaient retentir dans le malheur comme dans la victoire, et qui sera pour nous la signal de la paix et des bonheur: ¡Vive le roi!

Todo quedaba listo para abrir los brazos a Luis el Deseado, tan deseado como lo fue Fernando, el de Bayona, verdugo de la Constitución de 1812, votada y promulgada por las Cortes de Cádiz; uno debilitado por la molición; el otro, incapaz de toda grandeza.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 79.